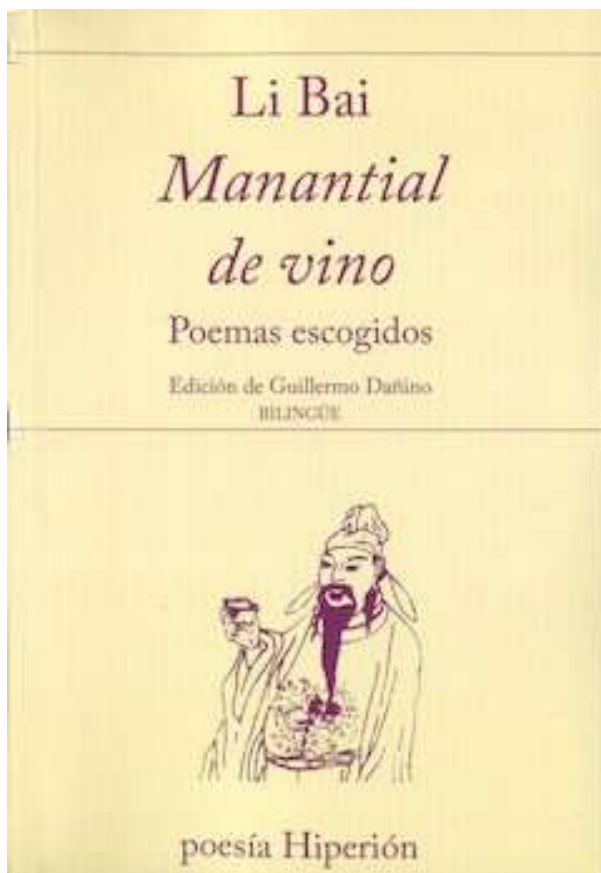


Li Bai: *Manantial de vino. Poemas escogidos*



Edición bilingüe de Guillermo Dañino. Hiperión. Madrid, 2016. 408 págs. 20 €.

Por Inmaculada Lergo Martín

Si de un poeta se nos dice que “ha sido y sigue siendo el poeta más leído de la historia del mundo”, y aún no lo conocemos, parece, si no obligado, sí tentador sumarse a ese cómputo. Hablo del poeta chino Li Bai (701-762) -o Li Po, según la nominación más antigua y quizá más conocida-, perteneciente al periodo de la dinastía Tang -Edad de Oro de la literatura china-, y que llegó a convertirse en “símbolo incluso de la poesía misma”. Aunque su obra ha sido publicada ya anteriormente en español, ahora podemos acercarnos a ella a través de esta antología -completa alcanza 1.236 poemas- bilingüe (en caracteres chinos modernos y con la lectura en *pinyin* al pie) que bajo el igualmente tentador título, *Manantial de vino*, ha publicado la editorial Hiperión, la cual, como he comentado en otras ocasiones, ha sido la principal impulsora de la [poesía oriental en español](#), tanto china como japonesa. En el caso concreto de este poeta, para Europa fue Ezra Pound su primer traductor -aunque de manera muy libre-, utilizando unas traducciones al japonés que fueron las primeras en divulgarse. La edición cuenta con una introducción de Guillermo Dañino -responsable de esta edición- que, junto a una cronología, bibliografía y notas finales a los poemas, permiten, a quien lo desee, enmarcar al autor y enriquecer la lectura de los poemas.

Li Bai tuvo una vida azarosa, que advertimos al paso en sus textos: la fuerza de la juventud, el amor y el desengaño, el exilio, la guerra, el deseo de retiro interior, la vejez... hasta la inminencia del final del camino: “Pronto será el día en que, desplegando velas de nubes, / ingresaré, feliz del todo, en el intenso azul del mar”; versos que son también el final del libro. Es un viaje cargado de humanidad en el sentido más vital de la palabra, que se abre con un canto al vino y a la amistad, temas recurrentes junto a la presencia de la naturaleza, cargada siempre de un intenso lirismo, de esa mezcla de delicadeza y fuerza, nitidez y sugerencia, propias de la poesía y el arte orientales: “Ruge el espíritu del río, parte en dos las montañas, / se levantan olas gigantes precipitándose al Mar del Este. / Los tres picos retroceden, a punto de desmoronarse, / paredes de esmeralda, valles de cinabrio, se abre la palma de la mano”. Entre los episodios que marcaron su vida, estuvo el acceso a un puesto en la corte de Chang’an, que pronto abandonó dejando reflejado en sus poemas una reflexión sobre el “desprecio de Corte” que nos remite a Fray Luis de León y los clásicos: “No soporto la vida cortesana. La envidia mata a los hombres”; “Te envidio, caballero, pues lejos del bullicio / tu cabeza reposa en la niebla esmeralda”. Pero es sobre todo ese abanico de contrarios, de luces y de sombras, que conforman toda existencia, el que recorre su obra: la alegría (“Escucho a las muchachas que cosechan castañas de agua / y vuelven inundando con su canto el camino y la noche”) y la tristeza; la plenitud (“Una bandada de pájaros cruzó muy alto. / Una nube solitaria pasó sin prisa. // Nos miramos sin cansarnos / yo y la solitaria montaña”) y el silencio (“Ni me atrevo a levantar la voz / no sea que importune a los inmortales”) o la soledad (“Indiscreta, baja la luna y atisba curiosa mi vela mortecina; / caen flores en mi alcoba y burlonas sonríen ante mi lecho vacío”). En definitiva, lo que es la vida, a la que Li Bai amó por encima de todo: “Si amas la vida, disfrútala cuanto puedas, / ¡no abandones tu copa ociosa a la luz de la luna!”.

El conjunto, según se ha dicho y reza el mismo título, conforma un canto al vino y a la embriaguez, que le proporciona inspiración, amistad, felicidad: “Conversación gozosa en apacible retiro, / nos servimos vino y elevamos las copas. / Cantamos con calma ‘El viento entre los pinos’; / al terminar, las estrellas ya se han esfumado. / Yo que estoy ebrio y tú que te sientes feliz, / ¡olvidemos gozosos las intrigas del mundo!”. Li Bai fue uno de los tres fundadores de los “Ocho inmortales del vino”, que han pasado a ser leyenda. “Con tres copas comprendo la Vía Suprema, / con una jarra me integro al universo. // El gozo que disfrutas en la embriaguez / no lo compartas con quien no ha bebido”.

El Imparcial. Todos los derechos reservados. ©2019 | www.elimparcial.es
